



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

HOMILÍA en la PRESENTACIÓN del SEÑOR Catedral de Santiago, 2 de febrero de 2010

“Los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor de acuerdo con lo prescrito en la ley del Señor” (Lc 2, 22). Este tarde nos hemos puesto en camino hacia la luz con el alma bien dispuesta para recibir la luz de quien es el resplandor de la gloria del Padre y dejarnos mirar por su mirada salvadora.

Hace cuarenta días celebrábamos el nacimiento del Hijo de Dios, la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; el juez prometido por los profetas que “se sentará como un fundidor que refina la plata, como a plata y a oro refinará a los hijos de Leví y presentará al Señor la ofrenda como es debido” (cf Ml 3,1-3); *el sumo sacerdote compasivo y fiel, parecido en todo a sus hermanos* que vino “para expiar los pecados del pueblo” (Heb 2,17), *inmolándose como cordero inocente por la salvación del mundo*; “el nuevo Adán que en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (GS 22).

Es la fiesta del encuentro en el que Dios nos presenta a su Hijo. Por eso decimos con el salmista: “¡Oh Dios hemos recibido tu misericordia en medio de tu templo. Como tu renombre, oh Dios, tu alabanza llega al confín de la tierra; tu diestra está llena de justicia”. Contemplamos a Cristo como Luz en los brazos de nuestra fe: “Luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel” (Lc 2,22). Son las palabras que pronuncia el anciano Simeón, anunciando que el “Mesías del Señor” cumplirá su misión, siendo “signo de contradicción”. El tiene el bieldo en sus manos para separar el grano de la paja (cf Mt 3,12). No es un simple personaje histórico o un ideal abstracto sino una persona viva a la que hay que adherirse. Ver el rostro de Dios en El y caminar con El es la senda de la santidad que estamos llamados a recorrer. La primera persona que se asocia a Cristo en el camino de la obediencia, de la fe probada y del dolor compartido, es su madre, María, mostrando así que su papel en la historia de la salvación no termina en el misterio de la Encarnación, sino que se completa con la amorosa y dolorosa participación en la muerte y resurrección de su Hijo. No debemos olvidar esta realidad en estos tiempos recios en los que tenemos que dar razón de nuestra fe.

Hoy la Iglesia celebra el día de la Vida consagrada. Ésta sigue cuestionándonos en nuestro mundo. Queridos miembros de la Vida Consagrada, sois esa página en la que día a día podemos leer la prueba de la existencia de Dios pues vuestra consagración no es una acción vuestra sino una acción de Dios que es quien elige, y en la fe habéis aceptado libre y responsablemente este don. En el fondo nos estáis diciendo que creéis que Dios es amor y que responde totalmente a vuestras íntimas aspiraciones. Así nos lo manifestáis con la profesión de los consejos evangélicos como la mejor forma de liberar y realizar a la persona. Con vuestra castidad consagrada, con vuestra pobreza y con vuestra obediencia vivís en una contemplación constante del misterio de Dios. No tengáis miedo a manifestar vuestra propia originalidad según vuestro carisma: Esto no



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

os distancia sino que os inserta con lo que os es propio en la comunidad eclesial y en el mundo.

La fidelidad de vuestro testimonio, la donación total al servicio del Reino, el enamoramiento radical de Cristo y la conciencia de la predilección por parte de Dios que sólo su gracia puede iniciar, mantener y coronar en medio de la fragilidad natural, son los rasgos que configuran vuestra vida y alientan nuestro peregrinar cristiano. Sois en la Iglesia diocesana brisa evangélica, luz de verdad y de justicia, realizadores de fraternidad y paz y seguidores de Cristo en el camino de los consejos evangélicos, signo de los cielos nuevos y de la tierra nueva. Sois testigos del amor de Dios en el mundo. La vida religiosa en medio de la Iglesia es el exponente de lo que es la criatura: dos manos abiertas y vacías; dos manos colmadas. Porque Dios existe y esto basta. Nos invitáis a retirarnos de vez en cuando a esa soledad que ninguna intimidad humana puede llenar. Porque ahí es donde Dios nos encuentra.

Tamén esta festa nos lembra a todos os bautizados en Cristo que estamos chamados a ser luz do mundo. Déusenos a luz no Bautismo non para que a ocultemos, senón para que iluminemos. Sería unha equivocación pensar que a luz da fe é soamente para iluminar o noso camiño desinteresándonos dos demais e que a fe é coma unha candeia que se ten acendida cando estamos na Igrexa, escondéndoa inmediatamente ao saír aos outros ámbitos da nosa vida. ¿Que estamos a facer da luz recibida no noso Bautismo? A luz que nos confiou non é outra que o mandamento novo do amor: “Amádevos os uns a outros como eu vos ameí”, “amade aos vosos inimigos”. O cristián é unha luz posta sobre o candeeiro, que vive o compromiso de ser comprensivo e próximo con todos, empezando polos de casa; que non ten palabras de crítica e de desaprobación para os demais; que sabe perdoar; que traballa pola paz, a xustiza e a solidariedade.

A Eucaristía que celebramos é a experiencia de que Cristo nos amou primeiro e acolleunos como somos. É o momento en que se realiza para nós a festa do encontro que habemos de vivir da man da Virxe María, pedindo ao seu Fillo que encha a nosa esperanza como fixo co ancián Simeón e que nos conceda merecer o premio da vida. Que o Señor renove cada día en todos vós a resposta gozosa ao seu amor gratuíto e fiel. Queridos irmáns e irmás, como cirios acendidos irradiade sempre e en todo lugar o amor de Cristo, luz do mundo. María santísima, a Muller consagrada, axúdenos a vivir plenamente a nosa vocación e misión na Igrexa, para a salvación do mundo. Amén.

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela